



# NEURAGRAM

BY ANDRES ANDRADE

# La felicidad perdida en la era de Neuragram

Era el día de su cumpleaños y Ana nunca había sentido tanta emoción. La chica se miró al espejo y se admiró por un momento: tenía un rostro hermoso, con facciones perfectamente equilibradas y una sonrisa contagiosa que iluminaba su expresión. A pesar de que el mundo había cambiado drásticamente en los últimos años, ella seguía disfrutando de los pequeños placeres de la vida, como la celebración de su cumpleaños. El año era 2046, la tecnología había avanzado al extremo, pero aun así ella seguía valorando las cosas simples. Ana tiene una personalidad fuerte y decidida. Es una chica optimista, siempre buscando el lado positivo de las cosas y con un gran corazón. En un mundo donde la tecnología y la automatización han avanzado a tal punto que las personas son vistas como productos, Ana tiene una profunda necesidad de conectar con los demás y de encontrar un propósito más allá de su propio beneficio.

A pesar de su confianza, Ana tiene algunos miedos. Uno de ellos es la soledad. En un mundo donde la tecnología ha reemplazado gran parte de las interacciones humanas, Ana teme quedarse sola y no tener a nadie con quien compartir su vida. También le preocupa el futuro del planeta y la humanidad, y cómo las decisiones que se tomen hoy afectarán el mundo en el que vivirá su futura familia. Estas motivaciones y miedos impulsan a Ana a buscar conexiones reales con los demás y a hacer su parte para proteger el planeta. Ella está decidida a encontrar un lugar en el mundo que le permita ser ella misma y ayudar a hacer un cambio positivo.

Además de su deseo de hacer una diferencia positiva en el mundo, Ana tiene varios intereses y pasatiempos. Una de sus mayores pasiones es la música. Ana canta y toca varios instrumentos, y disfruta de pasar tiempo creando y compartiendo música con otros. También le encanta leer y escribir, y a menudo se sumerge en libros que le permiten escapar del mundo real y explorar nuevos lugares y conceptos. Ana también disfruta pasar tiempo al aire libre. A menudo sale a caminar o a correr en parques y senderos cercanos a su hogar, y encuentra paz y claridad mental en la naturaleza. Además, le encanta hacer ejercicio, ya sea en un gimnasio o practicando algún deporte con amigos.

Ana vive en un mundo donde la tecnología y la inteligencia artificial han avanzado a tal punto que la mayoría de las tareas cotidianas están automatizadas. Las ciudades son relucientes y eficientes, con edificios altos y modernos que se elevan hacia el cielo. Los vehículos son eléctricos y

autónomos, y la mayoría de las interacciones humanas se llevan a cabo a través de la tecnología. La vida social de la mayoría de las personas se centra en una red social llamada “Neuragram”. Todos los que cumplen 18 años deben colocarse un pequeño dispositivo conectado al cerebro en la parte trasera de su cabeza que recibe señales cerebrales. Este dispositivo permite a las personas conectarse a la red social y compartir sus experiencias sensoriales con otros usuarios y especialmente con los algoritmos.

Los algoritmos de Neuragram son capaces de recibir y analizar las experiencias sensoriales de las personas, permitiendo a los usuarios compartir y experimentar las emociones de los demás. Este proceso se basa en la tecnología de interfaces cerebro-computadora (ICC), que utiliza señales cerebrales para controlar y comunicarse con dispositivos tecnológicos. Cuando un usuario de Neuragram comparte una experiencia sensorial, como ver una puesta de sol o disfrutar de una comida deliciosa, su dispositivo de ICC envía señales al algoritmo que indican la intensidad de la emoción y la región del cerebro que se activó en respuesta. Estas señales se comparan con un conjunto de datos de referencia que indican qué patrones de actividad cerebral se corresponden con diferentes emociones, como placer, dolor, tristeza, etc. Los algoritmos de Neuragram utilizan técnicas de aprendizaje automático para mejorar su precisión y capacidad de predicción a medida que reciben más datos. Por ejemplo, si el algoritmo recibe señales de varios usuarios que informan de una fuerte emoción de placer al escuchar una determinada canción, el algoritmo puede utilizar esos datos para predecir la probabilidad de que otros usuarios también disfruten de esa canción.

En el mundo de Neuragram, el marketing se ha revolucionado gracias a la capacidad de los algoritmos de identificar los patrones de actividad cerebral asociados con la emoción de placer. Las empresas ahora tienen acceso a una fuente de datos sin precedentes que les permite personalizar sus campañas publicitarias para cada individuo. En lugar de bombardear a los usuarios con anuncios genéricos, Neuragram utiliza los datos de las experiencias sensoriales de cada persona para determinar lo que les produce placer y luego proporciona anuncios relacionados con esos estímulos. Por ejemplo, si un usuario experimenta una fuerte emoción de placer al ver fotos de gatos, los algoritmos de Neuragram pueden mostrar anuncios de productos para mascotas o videos de gatos lindos. Esta personalización sin precedentes ha transformado el mundo del marketing, permitiendo a las empresas conectar con los consumidores de una manera más profunda y significativa. Ya no se trata de simplemente vender productos, sino de proporcionar experiencias placenteras y satisfactorias para cada individuo.

En el mundo de Neuragram, el valor está en la información y el conocimiento que se puede extraer de la actividad cerebral de las personas. Por lo tanto, aquellos que proporcionan más datos valiosos a la red social pueden ganar mucho dinero. Los trabajos convencionales ya no son la principal fuente de

ingresos para la mayoría de las personas. En cambio, muchos optan por trabajar en proyectos de investigación o experimentación que proporcionen datos a Neuragram. Algunos incluso venden su propia información personal, como sus preferencias de compra, gustos y disgustos, a cambio de grandes sumas de dinero.

Para Ana, obtener su implante neural es un momento emocionante y esperado en su vida. Ha estado esperando este momento desde que era una adolescente, viendo a sus amigos y familiares enriquecerse al compartir sus experiencias sensoriales con la red social. Después de obtener su implante neural, Ana se siente en la cima del mundo. Ella está constantemente expuesta a una gran cantidad de estímulos placenteros a través de Neuragram, lo que le permite ganar mucho dinero y disfrutar de experiencias increíbles que nunca había experimentado. Cada vez que Ana comparte una experiencia sensorial con la red social, recibe una recompensa monetaria y un disparo de dopamina y otros neurotransmisores en su sistema de recompensa cerebral. Se siente más motivada que nunca para seguir compartiendo y experimentando cosas nuevas. Comienza a sentir que su vida está llena de infinitas posibilidades y oportunidades, sintiéndose enriquecida y emocionada por lo que el futuro le depara. Cada día es una aventura emocionante, y Ana se siente agradecida por haber nacido en un mundo donde la tecnología permite estas experiencias únicas. Ana no puede evitar sentirse atraída por la posibilidad de ganar aún más dinero y experimentar aún más cosas nuevas.

De esta manera, Ana con tan solo 20 años logró mudarse de apartamento gracias a las grandes ganancias que había obtenido en Neuragram. El departamento era amplio, con grandes ventanales que dejaban entrar la luz del sol y vivía en el último piso del edificio lo que le ofrecían una vista espectacular de la ciudad. Tenía una amplia sala de estar con sofás cómodos, una cocina moderna y un dormitorio con una cama grande y suave. También tenía un pequeño balcón donde podía sentarse a disfrutar del sol y la brisa. Todo parecía ir bien en su vida.

Sin embargo, un par años después, Ana comenzó a notar que su vida está girando cada vez más en torno a Neuragram. Su tiempo se divide entre compartir experiencias y recibir recompensas, y su enfoque en otras áreas de su vida comienza a disminuir. Se empezó a dar cuenta de que en este mundo las personas han cambiado su enfoque de vivir experiencias por sí mismos a simplemente acumularlas para compartirlas en Neuragram. A medida que se adentra más en la red social, se da cuenta de que hay personas que han convertido su vida en una constante búsqueda de estímulos placenteros solo para acumular más y más likes y ganar más dinero. Ana también se da cuenta de que hay personas que publican sus experiencias sensoriales más extremas, desde saltar en paracaídas hasta consumir drogas ilegales, todo con el objetivo de obtener más likes y aumentar su estatus en la red social.

Ana observa con horror cómo la mayoría de las personas a su alrededor están

completamente absorbidas por sus dispositivos móviles, capturando cada detalle de sus vidas para compartirlo en la red social Neuragram. Incluso en los momentos más íntimos, como en una cena con amigos o en un concierto, la gente parece estar más preocupada por grabar y documentar la experiencia que por disfrutarla. La joven se da cuenta de que en este mundo utópico la obsesión por la información y la acumulación de experiencias ha llegado a un punto alarmante. La gente ha dejado de vivir en el momento presente y se ha convertido en meros recolectores de datos para la red social.

Ana comienza a cuestionarse si este mundo en el que vive es realmente tan perfecto como parece. Se da cuenta de que la búsqueda interminable de experiencias placenteras ha llevado a la pérdida de la esencia misma de lo que significa ser humano: la capacidad de sentir, de experimentar emociones profundas y auténticas. La joven se siente cada vez más aislada y desconectada de su entorno, y comienza a experimentar una sensación de vacío existencial que no puede llenar con dinero ni con la acumulación de experiencias sensoriales. En este mundo donde la tecnología ha avanzado a tal punto que parece controlar cada aspecto de la vida humana, Ana se da cuenta de que su verdadero desafío será encontrar la forma de recuperar su propia humanidad y conectar con las personas y el mundo que la rodea de una manera auténtica y significativa.

Ana se sentía abrumada por la presión social de estar conectada todo el tiempo a Neuragram. Sentía que todos sus amigos y conocidos estaban obsesionados con acumular experiencias y subirlas a la red social. Un día, decidió desconectarse y alejarse de la red social para tener un momento de paz y reflexión. Pero cuando intentó hablar de su decisión con algunos amigos, ellos no la entendieron y la tacharon de loca.

-¿Estás loca? -preguntó su amiga Marta con asombro-. Neuragram es lo mejor que nos ha pasado a todos, ¿cómo puedes desconectarte de algo que te da tantas recompensas?

-No es que esté loca -respondió Ana con tristeza-. Es solo que necesito un tiempo para mí misma, para desconectar y reflexionar. ¿No sientes que todos estamos obsesionados con documentar nuestra vida en vez de vivirla?

-Pero si no subes tus experiencias, ¿cómo vas a ganar dinero? -intervino su mejor amigo-. No puedes dejar de contribuir a la red, todos lo hacemos y es la forma en que ganamos dinero para vivir.

-Pero... ¿no te das cuenta de que estamos convirtiéndonos en esclavos de la tecnología?, -preguntó Ana con preocupación-. Todos nuestros movimientos son monitoreados y analizados por algoritmos, y solo recibimos aquello que nos activa las zonas placenteras del cerebro. ¿No te da miedo que estamos perdiendo nuestra libertad?

Sus amigos se quedaron callados y se miraron incómodos. Ana sabía que no iba a convencerlos, pero al menos ella se sentía mejor al haber expresado sus pensamientos. A pesar de todo, sentía una profunda tristeza al darse cuenta de

que su visión del mundo ya no era compartida por la mayoría.

Ana se encontraba cada vez más aislada en su mundo, los amigos que había tenido se habían alejado de ella porque ella no compartía su misma obsesión con las redes sociales y el implante que todos llevaban. La mayoría de las personas no podían pasar más de unos minutos sin revisar su perfil en Neuragram, y Ana empezó a sentir que era la única persona que se preocupaba por vivir una vida auténtica, sin estar constantemente buscando la validación de los demás. Sus amigos le decían que estaba loca por haberse desconectado de Neuragram, y aunque ella sabía que esto no era cierto, no podía evitar sentirse sola y aislada. Se dio cuenta de que su mundo estaba obsesionado con la información y la tecnología, y que esto había llevado a una desconexión total de la realidad.

Ana no podía evitar sentir que su familia también estaba atrapada en esta obsesión. Sus padres y hermanos pasaban horas y horas en línea, revisando sus perfiles y actualizando sus estados, y parecía que habían perdido la capacidad de tener una conversación real y significativa. Ana recordaba con nostalgia los días en los que pasaba tiempo con su familia, jugando juegos de mesa o saliendo al aire libre, sin tener que preocuparse por documentar cada momento en sus teléfonos. Todo esto hizo que Ana reflexionara sobre la verdadera libertad. ¿Era realmente libre la sociedad en la que vivía si la mayoría de las personas no podían dejar de pensar en las redes sociales ni por un momento? ¿Era libre ella misma si se sentía obligada a conectarse con Neuragram para poder ganar dinero y tener éxito en su carrera?

Se dio cuenta de que la libertad no era solo la capacidad de hacer lo que quisiera en un momento dado, sino la capacidad de tomar decisiones informadas y conscientes sobre cómo quería vivir su vida. Ana se dispuso a no dejarse arrastrar por las tendencias de la sociedad o las presiones externas. Y aunque esto significara tener que enfrentar algunos desafíos, ella sabía que valía la pena. De esta manera, buscó la manera de escapar de la presión de las redes sociales y encontrar su propia forma de éxito. Decidió enfocarse en desarrollar ideas de negocios y emprendimientos, y comenzó a investigar sobre cómo crear su propia empresa. Intentó crear una aplicación que ayudara a las personas a meditar y relajarse. La aplicación estaba diseñada para guiar a los usuarios en diferentes técnicas de relajación y mindfulness. A pesar de haber creado un producto de alta calidad y haber invertido una buena cantidad de dinero en publicidad, la aplicación no logró despegar. Las personas simplemente no estaban dispuestas a pagar por una aplicación que les enseñara a relajarse, cuando podían encontrar la información gratis en Neuragram. Y por mucho tiempo intentó con otros proyectos que le llamaron la atención.

A pesar de todos sus esfuerzos, Ana se sentía frustrada y deprimida. No podía entender por qué sus ideas no lograban tener éxito, a pesar de ser buenas y éticas. Había trabajado duro y había puesto todo su empeño en cada uno de estos proyectos, pero todos habían fracasado. Ana se encontraba recostada en

su cama, mirando fijamente el techo, con una expresión vacía en su rostro. No había dormido bien en días y su mente estaba agotada de tanto pensar en todo lo que estaba mal en su vida. Se sentía sola, incomprendida y perdida en este mundo utópico que le parecía tan ajeno. Todo parecía tan sencillo cuando tenía 18 años y obtuvo su implante neural, pero ahora, a sus 25, todo parecía ser una mentira. Había perdido amigos, dinero, y la felicidad parecía un concepto lejano e inalcanzable.

Ana se sentía atrapada en una sociedad en la que todo giraba en torno a la información que proporcionaban a las redes neuronales, sin importar lo que costara. Y ella no quería ser parte de eso, pero no encontraba la forma de salir de ese círculo vicioso. Sus pensamientos se volvieron oscuros y la tristeza la invadió por completo. Se sintió tan sola que un sollozo le escapó de los labios. Se cubrió la cara con las manos y se dejó llevar por el llanto. Lloró por todo lo que había perdido, por no encontrar su lugar en el mundo, y por sentirse incapaz de hacer algo para cambiar su situación. La depresión la había atrapado en su interior y no podía encontrar la salida.

En una soleada mañana, la ciudad se despertó con un estruendo que llamó la atención de todos a su alrededor. Los transeúntes en la calle, como de costumbre, se apresuraron a sacar sus dispositivos móviles para grabar y documentar todo lo que pudieran de la experiencia. Se abrieron paso a través de la multitud y se acercaron a un cuerpo sin vida que yacía en el suelo. Los espectadores, ansiosos por obtener la mejor imagen, se movían de un lado a otro tratando de capturar el momento. La mayoría de ellos no parecía preocuparse demasiado por la persona que había perdido la vida allí. Solo se centraban en conseguir la foto o el video perfecto para compartir en sus redes sociales.

Es esta desconexión, este olvido deliberado, lo que nos lleva a actuar no como seres humanos, sino como meros observadores. Olvidamos la empatía, el sentido de comunidad, la responsabilidad que tenemos con los demás. Nos convertimos en personajes de una narrativa digital, obsesionados con capturar cada momento en lugar de vivirlo, de ser parte de él. En esta era de Neuragram y dispositivos móviles, el mundo se convierte en un espectáculo que simplemente se consume, se graba y se olvida, despojado de toda humanidad. El cuerpo yacía allí, solo e ignorado, no por falta de atención, sino por falta de conexión. Aquellos que pasaron por allí no se vieron a sí mismos en ese cuerpo, no se vieron a sí mismos en esa situación. Era solo otra historia para contar, otro momento para capturar, otro espectáculo para observar. La realidad se había vuelto indistinguible del entretenimiento. Y en este nuevo mundo de

espectáculos y deshumanización, olvidamos que somos más que observadores pasivos. Somos seres humanos. Formamos parte de la naturaleza, de la vida, de la muerte. No somos meros espectadores, sino participantes activos. Y es nuestra responsabilidad cuidarnos unos a otros, no solo capturar momentos, sino vivirlos, sentirlos, entenderlos. Así que, mientras continuamos construyendo nuestros muros de concreto y acero, recordemos también construir puentes. Puentes de comprensión, de empatía, de humanidad. Porque al final del día, no somos dueños de la naturaleza, somos parte de ella. Y si queremos sobrevivir en este nuevo mundo digital, debemos recordar también ser parte de la humanidad."

Este fenómeno no es nuevo, es una consecuencia de la constante digitalización de nuestras vidas. En la era de las redes sociales y la gratificación instantánea, la distorsión de las prioridades se ha vuelto preocupantemente evidente. La vida, en su más cruda realidad, parece haber perdido su valor ante los ojos brillantes de la virtualidad, frente al atractivo magnético de las pantallas de los dispositivos móviles. Hemos llegado a un punto en el que la gente está tan consumida por la necesidad de compartir, de ser validada, de ser reconocida, que se olvidan de lo más importante: la humanidad. Un cuerpo yace en el suelo, ignorado, mientras la multitud se apresura a subir sus 'experiencias' a Neuragram. Se prioriza la creación de contenido por encima de la empatía, la ayuda, el simple acto de prestar atención. Esta desensibilización es aterradora. ¿Cómo podemos ser tan indiferentes ante el sufrimiento de los demás? ¿Cómo hemos llegado a un punto en el que un dispositivo móvil es más valioso para nosotros que una vida humana? ¿Cómo podemos permitir que nuestra humanidad sea eclipsada por la necesidad de atención digital?

Es imperativo que redescubramos el valor de la vida humana, que recordemos que cada vida es invaluable y merece respeto. Es crucial que reconectemos con nuestra humanidad, con nuestra capacidad de cuidar, amar y ayudar. Necesitamos aprender a equilibrar nuestra presencia digital con nuestra existencia física, a valorar las experiencias por lo que son en lugar de cómo pueden ser percibidas en línea. Recordemos que la gratificación instantánea es efímera, que los 'likes' y los 'shares' no definen nuestro valor como individuos. La vida es más que una serie de momentos capturados en una pantalla; es un flujo constante de emociones, experiencias y conexiones.

Quizás nos toma tiempo comprender esto, quizás no llegamos a esta realización hasta después de los treinta, o incluso más tarde. Pero cuando finalmente lo hacemos, comenzamos a entender que los recuerdos más valiosos, los que realmente importan, no son aquellos que hemos capturado y compartido en línea, sino aquellos que nos conectan con algo más grande que nosotros mismos. Son los momentos en los que vemos el reflejo de nuestra humanidad en los ojos de otro. Son los momentos en los que nos sentimos insignificantes ante la inmensidad de la naturaleza. Son los momentos en los que sentimos el peso y el valor de una vida humana en nuestras manos. Porque, al final del día,

somos más que nuestra presencia digital. Somos más que la suma de nuestros 'likes' y 'shares'. Somos seres humanos, llenos de empatía, amor y potencial. Somos parte de algo más grande: una comunidad global, una cadena de vida y muerte, un universo en constante cambio. Y mientras navegamos por este mundo digital, debemos recordar llevar con nosotros nuestra humanidad. Porque, al final del día, es eso lo que nos conecta con algo más grande. Es eso lo que nos permite sentir, vivir y recordar. Y es eso, finalmente, lo que nos da valor. Entonces, a medida que continuamos construyendo nuestras vidas, recordemos este simple hecho: somos más que los momentos que capturamos. Somos los momentos que vivimos. Y son esos momentos, los que verdaderamente vivimos, los que más importan.